
LA COMPOSICIÓN COMO REFLEXIÓN PERSONAL Y ARGUMENTADA

La composición o disertación es una reflexión personal y argumentada. Vamos a tratar de eso, pero hay que saber, de entrada, que ese ejercicio intelectual es la cumbre de los trabajos intelectuales. Y es una cumbre, por paradójico que te parezca, obligatoria. Porque si no sabes demostrar que puedes elaborar un texto escrito que sea, a la vez, personal y argumentado, entonces, no estás preparado para seguir estudios superiores. Y si los has hecho, quiere decir que has estado en una escuela de aprendizaje de la conducción de automóviles, y no sabes echar a rodar un carro cualquiera. Si no sabes redactar un texto argumentado y personal, simplemente, no eres un miembro de la sociedad del conocimiento en la era del libro impreso y de Internet.

Vamos a ver. En este mismo momento en que tenemos (los editores de este Manual), lo obvio, millares de muchachos y muchachos se preparan en las Universidades de los Estados Unidos a preparar un «paper» sobre alguna materia. Y lo mismo pasa con estudiantes europeos, y en nuestro continente, con seguridad, con estudiantes mexicanos, brasileños, argentinos, colombianos y chilenos. Todos saben que este género universitario por autonomía existe, y lo saben porque los preparan para pasar las pruebas de sus bachilleratos, luego de sus trabajos en los cursos y por último, para licencias, maestrías y grados universitarios.

¿Por qué? Porque el trabajo de la composición o disertación consiste en responder a una pregunta o cuestión fundamental. A veces, la respuesta depende de hasta un par de conceptos o preguntas, que se dan, expresamente, como contraste. En otros casos, para pruebas en campos técnicos, el candidato a un grado, o a un concurso público, maneja diversos textos, a los que se llama un «corpus», por ejemplo, estadísticas de diversos países en materia precisa, y estamos hablando en este caso de pruebas en economía.

Sea como fuese, siempre hay una cuestión por resolver, y una persona (una conciencia) que responde.

Este no es sino un texto preliminar a una teoría de la disertación que confiamos a la claridad de un texto que reproducimos, el de la profesora Jacqueline Russ. Pero, por preliminar, es preciso no avanzar sin despejar algunos sólidos prejuicios y malentendidos.

1. *¿Por qué se le llama de modo distinto? En efecto, en castellano, dudamos. Disertación para algunos, composición para otros. Esta última, componer*

recuerda los esfuerzos de los músicos, que como sabemos, o crean o hacen arreglos musicales. La ventaja de esta denominación es que recuerda, sin decirlo de una manera explícita, que la composición escrita no menos que musical, es un arte de poner en concordia y en concertación elementos disímiles, en música, los sonidos, las notas; en la escritura, las palabras, las ideas. Pero a mí me gusta el sentido de composición. Está diciendo que fuese el que fuese el talento de un creador, de Bach a Meiler, todos, ponen música en una partitura. Es decir, la variedad casi infinita de la música remite a un espacio de siete sonidos y cinco niveles. Por similitud, el estudiante que lee este Manual debe saber que una composición de texto, de Marx en alemán y de un periodista en el Times de estos días, o en el diario La Jornada de México o Página 12, de Buenos Aires, no se escapan de la partitura de una composición, de la tríada de introducción, desarrollo y conclusión. Nadie se escapa de eso, o de lo contrario, no hay partitura, o sea, es un orden caprichoso, y entonces, no ha hecho una composición. Y el autor se entiende él, pero no lo entiende nadie. Y eso es una anticomposición, nota cero. No sirve sino para la vanidad del que publica y cree saber escribir. Escribir como lo entendemos, redactar textos personales y argumentados.

Tampoco está mal lo de disertación. Evoca el acto de explicar, de razonar. También se usa en son de zumba, hablar, perorar. Pasa con muchas personas, en particular entre los inteligentes, que no pueden tener una sencilla conversación y a la primera ocasión, se ponen a perorar, a pontificar. Los inteligentes no escapan a la pedantería. Pero bueno, ¿cuál preferimos? En castellano valen ambas. En francés la «dissertation» es la reina de las actividades intelectuales. Es el discurso formal, a la vez con ánimo de convencer, y por eso cautivante. En inglés se usa la «disert». Quiere decir lo mismo. En ambas culturas (y no les digo como ocurre lo mismo en italiano, en alemán), no saber hacerlo es no saber construir un mínimo discurso. ¿Qué quiere decir en esas culturas que uno es nulo en el arte de la disertación o composición? Como se la ha practicado a lo largo de los estudios secundarios y universitarios, quiere decir que no has podido formarte en la interiorización en tu persona del hábito del pensar con juicio crítico.

Vamos, digamos lo peor. El que maneja, aún si fuese más o menos bien este tipo de pruebas, quiere decir que ha alcanzado un nivel que esas sociedades, desde sus filósofos, desde hace siglos, llaman el entendimiento. Cuando se entiende algo quiere decir que podemos comprender, percibir, percatarnos de algo. No quiere decir que el ha adquirido el entendimiento (que no es instintivo sino aprendido), no se ha vuelto alguien que lo sabe todo, eso no posible. Ni que tiene la solución para todo, en economía, problemas sociales, o morales, éticos, religiosos. No. Quiere decir que puede captar lo real, que puede aprehender. Que quiere decir algo como apresar, atrapar. ¿Y qué es lo que

atrapa el hombre con lucidez, con entendimiento? Las trampas de la realidad. Estaríamos ante alguien que separa, con tino, el error del acierto, la falso de lo verdadero, lo lícito de lo ilícito, lo justo de lo injusto. Y eso, saber razonar ante los problemas, entender que es en un problema aquello que se puede corregir y es del orden de lo posible, es ya un paso importante a la sabiduría.

- 2. Se entiende, entonces, porque el aprendizaje del arte de la composición ocupa las aulas en secundaria. Uno de los prejuicios de nuestro medio –el tema de los mitos peruanos sobre el mundo de la educación– es creer que la composición de un texto es un asunto literario.*

No, en otros países, es corriente y común a todos los escolares, incluso a los que se destinan a disciplinas tecnológicas. Claro, los sistemas de desarrollo, materia por materia, varían. Y en las mismas humanidades, no es lo mismo la prueba en historia (un episodio, un personaje, una fecha) que en literatura (un poema, un texto de novela o cuento, una pieza de teatro, una película, un cuadro). Pero todos aprender a escribir. En fin, no lo llamaríamos tanto. Luis A. Sánchez decía que deberíamos guardar ese vocablo para los creadores literarios. A los que debe aspirar la universidad de masas es que todos aprendan a redactar. Sánchez tenía razón, pero no del todo. Pues existe un tipo de escritor, que no escribe textos de ficción, sino ensayos, prosa de ideas, y que sin embargo, el ensayo es del orden de la literatura. Octavio Paz, premio Nobel de Literatura, lo obtuvo por sus poemas y por sus ensayos, sus admirables ensayos. (Echamos manos a varios de sus textos en este Manual). Ahora bien, el mexicano Paz no escribió, no quiso escribir ni un breve cuento, su campo fue el ensayo, y no se puede negar que fue un gran escritor.

- 3. Aún así, tenemos que enfrentar el último y poderoso prejuicio. La construcción de textos argumentativos es cosa de la cultura de lo impreso, de la era de Gutenberg, y ya no de Internet. Ya no es necesario aprender a escribir.*

Creo que a este argumento lo vampiriza un antiguo vicio peruano, el de la flojera. Combinado con mucho de moda, el culto a las mass-media y ganas de ser moderno a toda costa.

Vamos a ver, se confunde medios con fines. Los medios han cambiado, y por suerte, en la dirección de lo que proponen estas páginas, pensar mejor. Nadie puede estar en contra del progreso de los medios de escritura. Estas páginas mismas se escriben en un ordenador o computadora, y en un programa de tratamiento de texto. A ver, ¿hemos leído bien? ¿Tratamiento de qué? ¿No dice de texto? ¿Qué tiene que ver en la forma como se transmite lo que escribo al hecho de que yo sea el que lo escriba? No será en una vieja máquina de escribir en donde un error no se podía corregir de inmediato.

Pero sigue siendo escritura. Soy yo quien decide si uso frases breves o largas, cuando corto o no un párrafo, si uso un lenguaje hermético o uno en el que el mayor número me entienda.

Es al revés. Nunca se ha escrito más que en nuestros días. Millones de personas por todo el mundo no esperan a ser editados en papel y comunican sus ideas y puntos de vista en virtual, por medio de los blogs. Este progreso de la circulación de las ideas tiene su lado perverso, como lo tuvo la aparición del libro impreso. Como reprodujo libros de medicina y de leyes, lo hizo con literatura libertina, pero a raudales. Discutir ese doble rostro del progreso es inútil, las máquinas, las cosas que el hombre inventan, sirven para el bien o para el mal. El tema no es ese. No es si los automóviles, desde que aparecieron, sirvieron a que los granjeros aislados en sus ranchos pudieran ir a las villas, o el coche sin caballos permitía sacar a pasear a los chicos de casa y a la abuela, pero igual para asaltar bancos e huir. No, el tema es, para el bien o para mal, tienes que saber conducir.

Y saber redactar y asimilar lo dicho en este Manual se mueve en ese nivel de realidad. ¿No sabes conducir un auto? Estás frito. ¿No puedes pensar por escrito? Estás recontrafrito. Porque siempre necesitarás de otro que sí sabe llevar un volante de auto y sabe poner una línea tras otra en un texto. Y un texto personal tras otro personal. Y tu no lo sabes. Saber redactar, como saber conducir, es una posibilidad de libertad personal. Si quieres seguir esclavo, sigue pensando que la lectura no sirve, que puedes educarte a base de powerpoint y sin saber anotar una lectura. Porque saber hacer una disertación, requiere de técnicas previas, tan simples como tomar notas, escribir borradores, y otros preparativos, que son materia de este Manual en la parte siguiente.

Ahora lee tranquilamente el texto que sigue. Es la teoría, la idea general sobre el arte de la disertación. Y rompe con ese otro prejuicio, no es necesario la teoría. No es cierto, el homo sapiens llama teoría al saber abstracto (axiomas, sistemas), que la práctica ha confirmado y al conjunto de hipótesis que anticipan un conocimiento de lo real. Ambas cosas, teoría y práctica, van juntas.

LA DISERTACIÓN Y SU TEORÍA. SIGUIENDO LA LECCIÓN DE JACQUELINE RUSS

Para este tramo, nos servimos del texto de Jacqueline Russ, francesa, doctora precisamente en filosofía y ciencias humanas, autora de varios textos de enseñanza de métodos. En la parte anterior de este Manual, en el arte de la

composición, hemos recurrido a fragmentos de uno de sus textos. La doctora Russ, además, es agrégée, que es un tipo de universitario particularmente avezado en estos temas de técnicas del quehacer intelectual.

J. RUSS

LA DISERTACIÓN REDACTADA

El curso de la profesora Russ, para iniciar en métodos a los estudiantes franceses de filosofía, posee algunos rasgos generales de la técnica de la disertación que podemos evocarlos por su calidad y precisión intelectual. Así, el capítulo 10 de su texto (editorial Síntesis, 2001) la dedica a «la redacción de la disertación». Examina la introducción de un texto, de «su naturaleza, sus funciones y de algunos procedimientos útiles para su elaboración». Luego estudia lo que llama «la discusión», vale decir, las argumentaciones, los ejemplos. Y en cuanto a la conclusión, dice que «tiene como cometido clausurar el debate que ha tenido lugar». Precisamente lo que criticamos en otro pasaje de este Manual, con estudiantes que lo ponen a su ejercicio no un final sino hasta tres finales. Redactar tiene pues reglas fundamentales. No es libre, como no es libre la manera de anotar en una partitura los sonidos musicales. Lo que es libre es la creación, pero la escritura, de música o de textos, tiene sus reglas canónicas. No son difíciles, las ha creado el tiempo, la experiencia, la masa de libros y conocimientos.

RECORDATORIO DE LAS REGLAS

Russ recuerda esas reglas. En especial, los primeros pasos, los preliminares de cada trabajo, es como una navegación, sugiere, «guiados por una brújula que señala una dirección segura, lejos de los avatares del azar. No sólo sabemos cuáles son el problema y el asunto en juego, sino también cómo deberá ir surgiendo la trayectoria del pensamiento». La filósofa Russ recuerda que tanto el ejercicio de preparación como el resultado final, la disertación final no hace otra cosa que seguir las reglas enunciadas por Pascal en *Del arte de persuadir*, en *Obras*, Alfaguara, Madrid, (1983:297-298). Por ejemplo, No admitir ningún término que sea algo oscuro o equívoco sin definirlo. No emplear en las definiciones más que términos perfectamente conocidos o ya explicados. No exigir en los axiomas más que cosas evidentes. Pero dejemos por el momento a Pascal, y vayamos a un problema de todos los días. ¿Cómo introducirse en el tema? ¿Cómo comenzar?